The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
John T. Reid
898.67
R457t

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It is **DUE** on the **DAY** indicated below:

TREINTA POEMAS DE MI TIERRA

310

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/treintapoemasdem00reye

JORGE REYES

treinta poemas de mi tierra

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

551242

He llenado las hojas de palotos
con tinta china.
Este cuaderno está desaliñado
como un chico de escuela.
—Cuando se ponga su vestido nuevo
tendrá cara de fiesta
y echará a rodar su aro de palo
por la vida,
carretera abajo,
carretera arriba.—

Este primer cuaderno
tiene manchas de tinta.

2

Yo que soy un hombre como todos
me paso bajo el sol que me ha quemado
como aquella mujer que amé a los quince años,
yo que soy un hombre como todos.

Fumo mi pipa bajo las estrellas,
me veo sonreir en el espejo
del pozo, como esos marineros....
fumo mi pipa bajo las estrellas.

Así me iré sin haber dicho nada.
Acaso recojerán mis besos
a sembrar en la siembra de mi cuerpo.

Así me iré sin haber dicho nada,
yo que soy un hombre como todos.

3

El arrabal, de noche,
deja romper sus focos a pedradas.

Las casas, trepando al horizonte,
están cogidas como con las uñas
de las faldas de los peñones.

Los perros dedicados a traperos
se espulgan todo el día y, con cuidado,
se cuentan las costillas.

Para las manadas hambrientas
hay pasto entre las piedras.

Hay quien viene a buscar en las quebradas
lo que no encuentra en su casa.

Las calles sufridas nos esperan.
con mal olor y sin aceras.

Todas las casas se han cerrado
a que pasen de largo los fantasmas.
Cualquier día el silencio aglomerado
hará saltar los vidrios de una ventana
y la gente del barrio
no volverá a pasar junto a la casa.

En todas las cantinas
hay un indio que canta,
rasgueando la guitarra sucia
y con voz deshilachada.

Apretados por las manos que alientan
y los ojos que hurgan
y por el zarandeo de las palabras,
entre gritos cortados,
los indios bailan.

Hasta que el alba trasnochada
viene de no sé dónde,
las carretillas de los barrenderos
destartalan en la madrugada
y las escobas echan polvo a los luceros.

El rondín del zámbiza ha ido
despejando la tormenta de silencio
y el sol, con alboroto de chiquillos,
entra en el arrabal, sin respeto.

4

India de sol, de fruta para mis dientes ávidos;
pulpa que va agarrándose a mi deseo; rama;
cómo te has anudado a mi cuerpo, con acto
de hiedra, así un racimo de enredaderas húmedas
para el fuego de un árbol.

5

La torre de la Merced muerde el cielo
y parece que va a caer sobre cualquiera.
La campana mayor empapa a la ciudad
en su gran campanada.
—Los mendigos,
de ojos pintados por Miguel de Santiago,
se ensimisman a la puerta
como elegantes.
La pila de la plaza
parece que suena las llaves
del lego portero.—
Solo el ojo negro del reloj
no sabe ver las horas.

6

Mujer, la ciruela de tu beso
me ata como un mal pensamiento.

Mi corazón nace a la orilla de tu boca.

Muerdo la piña de tu amor
para mi sed de bandolero.

Mi corazón nace a la orilla de tu boca.

Mi vida es un barco ebrio
que lleva la cosecha zahumante de tu cuerpo.

Mi corazón nace a la orilla de tu boca.
como el deseo de los niños rodeando un huerto.

Las fresas de tus senos
me atan como un mal pensamiento.

Mi amor es en la orilla de tu boca
como los dientes en las moras.

Para mi corazón niño
serás siempre una fruta
en la bandeja del recuerdo.

7

Pájaros de Agosto
gordos como tordos.

El sol en las tapias
desnuda a los choclos,
brincan de la mata
los pepinos solos,
el sudor se sale
por todos los poros,
los pájaros entran
a saco al rastrojo,
pájaros de agosto,
gordos como tordos.

8

La única amistad que tengo
es la del patio de mi casa.
La calle, íntima y clara,
entrañable, a pesar de conocerla,
no tiene esta ternura de ventana en el cielo
donde secar la ropa blanca
y poner unos tiestos
y colgar, aun sin pájaro, una jaula.

El patio es el aljibe
que trae el cielo a la casa.
Todo el día lo miro
y recuerdo a la abuela de las tardes
que me espulgaba y me decía cuentos.

Solo le falta, al patio, una guitarra
y aunque no tiene rondas, yo lo pueblo
de mi entusiasmo de chiquillo
montado en un carrizo.

Lo único que siento es que cuando yo muera
talvez no encontraré otro patio
donde se pase todo el día el cielo.

9

La columna dorsal de mi tierra es el Ande,
mi tierra, hija de Mayo, donde despierta al sol
el gallo estupefacto desde la Catedral.
El cántaro del cielo la riega todo el año
y la perfuma el viento del noreste.
Mi tierra es una campana,
mi tierra es un incensario:
San Francisco de Quito, con sayal y guitarra.

10

Las Islas de Galápagos anclaron
en el pecho del mundo,
traídas como barcos
por la corriente antártica,
con sus picachos como proas, rudos
hacia los cuatro puntos cardinales
y el algarrobo y palosanto
a manera de mástiles.

Las Islas de Galápagos,
mecidas en la cuna maternal de los mares
por la nana romántica de los vientos alisios,
tendieron su cordel verde de algas marinas
hacia las balsas de Túpac—Yupanqui,
que anclaron en la arena como conchas,
bajo los caracoles de la diana.
Y asustaron al Indio de la Tierra
las lobas litorales,
a él, que era atrevido como un puñal y fuerte
como la caña de las lanzas,
y que desenrrolló los caminos de América
para las ligaduras de su balsa.

Pero un día razgaron el mar las carabelas,
con la Virgen del Cármen en el palo mayor,
e hincaron una cruz en las islas pacíficas
como quien hinca el espolón.
Era el día del mar. Sobre los negros picos
los gallardetes del viento se echaron a volar.
Las brújulas cantaron alegres. Sólo un nombre
almirante en las islas se quedó a descansar.

Y el Almirante viene en las noches turbianas
a visitar las trece carabelas,
amarrado de manos y de pies, es de verlo
queriendo que repita su nombre el Archipiélago,
subrayado de iguanas, punteado de mariscos;
la marea de ida y vuelta lo ha ensuciado
y el mirlo burlón del olvido en su fábula
ha puesto un punto suspensivo.

El Archipiélago navega
con rumbo a no sé dónde;
disparan en la noche los picachos,
y enristra su verde arboladura
de árboles frutales.

El albatroz borracho, zambullido en el aire,
sigue a las islas en el viaje.

Es la ballena un surtidor errante
con sus dos saltos de agua para llenar el mar.

Pájaro niño, desplumado,
hace de pez en el océano.

Y la tortuga es como la petaca labrada
para los cigarrillos extranjeros.

Cualquier día en las islas el último pirata
de cara al mundo enristrará la proa
e izará en los mástiles su docena de estrellas;
ese día hasta el puñal del viento
buscará para vaina un corazón,
y, donde hubo un fraile de pie al suelo
—Fray Martín Barragán, lego converso,
aprendió en los Galápagos el credo—
y cien mil vagabundos, remontados
como las reses bravas
y donce el indio, señor de las comarcas,
llegó como los pájaros,
nuestra venganza, afilada como un puñal,
se envainará en un pecho

11

No me fío del cielo,
ni de la mujer que está a mi lado,
—tengo ahora un secreto
pero no encuentro donde colgarlo—
podría acariciarle los senos,
tendida ante la lluvia de marzo
que viene por los cerros
para orinarse en los tejados,
abrir los paraguas de los clérigos,
construír charcas para los sapos,
mojar las paredes como perro,
y prefiero extender la una mano
por ver si llega el aguacero
a entretener a los chicos del barrio
y desperezar los coches viejos,
aunque yo sé que no lloverá en marzo
más de cuanto se moje el rabo del gato.

12

El sol madruga siempre como los labradores,
pero no va silbando por los campos, ni canta;
como los labradores de cabezas bronceadas
el sol madruga siempre.

Despierta los chozones, tiñe el poncho del indio,
y el silbido contento del vaquero en el páramo
va por entre los vidrios de la llovizna a saltos
como el perro que azuza la carrera del toro.

El río que desfila va arañando las piedras
y parece que el viento ha trepado a los árboles
—crearía un granuja para significarle—
se columpia en las ramas y echa abajo las frutas.

La bocina le abre camino a la torada,
entre el tropel, el grito del gañán en el llano;
y en el cerro sin clave, que trepan los rebaños,
detenida una punta del cielo.

La mañana descose los párpados, confusa
como la hembra que nos despierta con su beso.
Dan ganas de traer hasta la cama el cielo
para pescar alguna estrella retardada.

Ha amanecido en todas las campanas, los gallos.
El sol, buen sacristán, ha encendido las flores
y hacen coro en la misa del alba los gorriones
ante la cruz de la noche en viaje.

(En la alta noche, cuando gotean las estrellas
y las pavesas trepan al silencio en los cerros,
pasan las almas de los indios muertos
como cuando iban a despertar al sol).

13

El puerto: grúas negras, mástiles de navío,
gritos, sirenas y la mansedumbre del río.
Blasfemias, risotadas, crujir de amarras; brea,
sudor, fruta, cosechas zahumantes; chimeneas
ennegrecidas como marineros.
Apuntalan los mástiles a los altos luceros
y los lobos de mar, con la boca prendida
del pezón de sus pipas, miran otra partida....
Sirena. El viento agita su pañuelo de adiós,
el río escupe una ola y la ciudad su voz,
mientras del borde de una campana
ruedan las cinco de la mañana,
y nos quedamos, soñando, en el puerto
yo, mi pipa y el viento.

Siempre está de azul el mar
en el atlas de mi espíritu.
Ah, que risa, ver mi tierra
siempre de amarillo!

Nuestro planeta han pintado
con lápices de colores,
por ejemplo, anaranjado.
A veces me entran deseos
de retocarlo, mas pienso
que da lo mismo
que esté viejo.

Y qué? diablo! este sol siempre manchado
a pesar de bañarse en el océano!

15

Mi poncho de San Roque
ha ido descoloriendo.

Recuerdo cuando los indios lo tejieron
en cuclillas delante del telar
con la lana que olía aún a rebaño,
hasta sacarlo nuevo,
como para estrenarlo frente a un toro
con el rejón en la mano y el cabestro
cortando el aire rápido como un perro.

Lo llevé por el páramo cruzado de puñales
cogido de mi cuello.
Los dos nos fuimos por las noches,
al son tamborileante del potro en los caminos,
para ver a la novia, por la tapia, en el pueblo,
y muchas veces nos cubrió a entrambos
cuando ella tenía miedo.

Siempre ha dormido una mujer conmigo
y él ha cobijado nuestro sueño.

Cuando estoy aburrido,
cuando me pongo ebrio,
y no me encuentro en la casa,
y me parece chico el pueblo,
su compañía me consuela
como la de un amigo viejo.

Los dos nos iríamos
por cualquier sendero,
vadeando los ríos o trepando los cerros,
curtidos a la intemperie
y ambos descoloridos,
como que nos hemos pasado la vida
a la lluvia y al viento,
para venir a orearnos a este sol mezquino
que tiene vergüenza de entrar en el pueblo!

Pobre mi poncho de San Roque
como yo ha ido descoloriendo,
y cualquier día moriremos juntos
¡a orearnos de una vez en el suelo!

16

Si llueve todo el año
nadie tiene la culpa.
La ciudad es un charco
y se apiña el pequeño
caserío romántico.
En la casa los viejos
andan dados al diablo,
los mendigos maldicen,
los chicos hacen barcos
de papel y los perros
entre piernas el rabo.

Junto a unos senos pueden
calentarse las manos,
senos de la vecina
denfrente, como pájaros
de pico rosa, hechos
al hueco de las manos
que asoman a los brincos
de la ronda en el patio.

Para mi chimenea
la leña de sus brazos
y su tronco que puede
iluminar mi cuarto,
si no le da la gana
maldito el caso que hago!
llueva para mí abril y mayo
y para ella todo el año.

17

Ciudad hecha a brochazos. Vida de casas bajas
con tertulia de noche de guitarra y de canto;
en la mesa, adivinan el amor las barajas
o se juega con prendas, a los ojos de un santo.

La alumbran las luciérnagas. En las calles vacías
los toques de reloj se dan contra las casas
como borrachos. Quedan sin arrancar los días
del calendario. Y nada; ni siquiera el sol pasa!

Las ventanas cerradas decapitan cabezas
de mujer. Algún paso sobresalta. Yo callo.
Un zumbido de moscas espanta las tristezas
Va por la calle, gordo como un cura, un caballo.

Es tan grande el silencio que dan ganas de andar
de puntillas. La mosca del sueño le ha picado
a esta ciudad untada de un sol canicular,
sudoroso como un labriego desaseado.

De aquí hay un paso al cielo. La vida se resbala
sin ganas. Por la tarde cañas en Yacu-Calle,
pan tierno de Caranqui para el día de gala....
Y, deletreando el pasto, el ganado en el valle.

Hacia el cesto de frutas del paisaje se fuga
la mirada y se queda recostada en los cerros
por donde se derrumban las nubes y madruga
la luna a que le sigan a morderle los perros.

En la noche usan fósforos las luciérnagas.—Debe
llevarse en la cabeza un farol de dos velas—.
Para el frío, se calla y se besa y se bebe
con la complicidad de todas las estrellas.

Y qué más da? El alba llega casi borracha
de campanas. La gente al rosario se amarra.
Me despierto junto a un retrato de muchacha,
lo de más, qué me importa en San Miguel de Ibarra?

18

Hay algo que nos recuerda tácitamente,
como las cruces de los caminos,
el zaguán, la encrucijada, el patio,
la calle poblados de leyenda;
nos sitúa de propósito, menudea recuerdos,
desvía nuestra andanza,
nos para en su presencia.
Estos rincones jactanciosos
son la tertulia de las casas austeras,
por ejemplo, el Cucurucho
de San Agustín: los vergonzantes
de a sábado en día de casorio;

la novia, con su pomo de azahar desvaído,
cambiando una moneda
por cada deseo de felicidad eterna;
y el último mendigo,
implicado en el recuerdo romántico,
situándole un puñal en la tetilla,
como quien fuerza una escarcela
para llevarse todas las monedas.

19

Pendiente del hilo de Dios, se ha quedado
como los niños con miedo,
usted, de envergadura elefantina
y de pecho de toro.

Palemón, me parece
que se le prolonga la risa hasta los labios,
de ahí puede saltar como una piedra
de hondero, firme al Infinito.
Palemón, me parece
que se le puede ir la risa a jugar en el cielo.

Usted que fué pirata
y pudo robar las auroras
de la tierra y del mar,
condecorarse de asterias el pecho,
de anémonas ceñirse la cabeza,
y cantar
como las caracolas, con la música adentro,
en el islote del cielo
ha llevado su barco a anclar.

Yo lo querría ver sobre el potro del viento
aferrado a las crines de mar,
confiado en sus brazos,
con el pecho más firme que la proa de un barco,
riendo de las boyas echadas a salvarle
como la ballena a Jonás.

Palemón, salte los montes
y corra toda la tierra
hasta que los perros del viento,
con la lengua afuera, se tiendan atrás;
levando anclas en la isla del Cielo
vaya hacia todas las costas,
que las meridianas levanten sus arcos
para dejarle pasar,
y, aun, naufrague pero no retorne,
que la última tabla
llevará su nombre escrito,
como el mío el lomo del libro del mar.

Palemón, hasta luego,
y espero que zarpe de la isla del Cielo
en el barco del Mundo,
las lonas remendadas
hinchadas de viento.

Postdata: avíseme su viaje a mi tierra
en donde estoy fumando,
como en la proa de un barco.
El viento, correo de siempre,
le lleva esta carta
de don Jorge Reyes.

20

Esta es mi casa
en la ciudad de entre los cerros,
mira las torres de las iglesias
y las chimeneas de las otras casas;
la lluvia azoga la calle
para que se vea la cara.

Tiene un calendario perpetuo
para saber los santos,
un corredor y una escalera
que, entre la noche golpeada
por los animales de la pesadilla,
se estremecen como criaturas.
Y yo pienso que talvez un día
las fantasmas bailaron sobre sus andamios
y el sábado colgó de sus vigas
algùn descabezado,
por eso los niños de la casa
despiertan sollozando.

Los perros pintados en la pared
extendiendo, delante de la noche sin pájaros,
el hocico, sin duda atajan a los duendes.

A la mañana, a la tarde, a la noche,
siempre a la misma hora,
las campanadas del Carmen la tocan
como los nudillos de una monja.

No hay muchachos que jueguen en las tardes,
ni, a las estrellas, brincan las rondas en el patio
acunando canciones.

Huele a terrones húmedos admite el cielo dentro
y oculta a un hombre de veinte años,
por quien nadie vestirá de negro,
detrás de las altas ventanas
como una bujía entre la madrugada.

Junto al caserío romántico
esta casa abuela se va desplomando
y, cualquier día, necesitará de un báculo.

Esta es la casa que me oculta
como a una mala palabra;
y todo esto, qué importa
si está ceñuda, como yo, mi casa?

21

Calle sucia y estrecha, calle mal empedrada,
oscura bajo el arco y pendiente y torcida.
Los vecinos se dan la mano de ventana
a ventana. Los focos sucios de las esquinas
miran pasar un golfo, una tapada o algo
como un perro, una vieja o un indio borracho.

Alguna vez un golpe, un grito, una guitarra,
un canto.—Cada cien metros pasa una hembra
y cada ciento uno un animal o un hombre.—
Siempre el miedo detrás alborota las piedras
dando grandes zancadas y nos hace volver
la cabeza, alargar el paso y a las puertas
mirar con desconfianza como a las alcahuetas.

En los zaguanes, calofriados de silencio,
se cambia por una moneda hasta dos besos.

Los mendigos solemnes, de ojos achicharrados,
con la última palabra soez y un "Padre Nuestro"
se duermen bajo el arco.

Y las gentes metidas como de una trompada
en la fachada de esa casa vieja,
se salen por las noches—que no lo sepa nadie—
para dar una vuelta.

Esta calle es también como las vías muertas
que recorren las sombras de los antiguos trenes:
alguna madrugada a las cuatro
alguien se encontrará regresando a los duendes,
tecleteando los dedos en las guitarras sordas,
plegando en el embozo sus canciones canallas
y tambaleándose de no se qué aguardiente;
alguna madrugada se encontrará a la Ronda
y como un perro herido dará contra las lozas.

Y atrapada en la tela de araña del espanto
puede volverse monja
la Calle de la Ronda.

Yo en cada cosa—sólo el recuerdo no es mío;
recuerdo, estrella en charco—;
sol de hoy, sol de mañana, arco—iris de siempre,
instante que se va de las manos,
tierra del alba, estrella primera de la tarde
límpida como mis actos....
De abrazar a la tierra
tengo fuertes los brazos.

Como mi sombra a mí es cada cosa al Tiempo
matriz, imán eterno
en la inquietud total del punto humano.
Yo soy igual en cada cosa y todo
se amolda a mis manos;
pero el río del Tiempo
me va socavando.

Ronda de la Vida
como la estrella del pastor, naranja,
mi desnudez de espacio
tiene tu guirnalda,

porque he bebido la risa en tus labios
y el pozo de tu cuerpo
me ha dado el milagro
del hijo
que me ha resucitado.
Ronda de la Vida
yo estoy en tí saltando;
pero el río del Tiempo
me va socavando.

Vientre convado de la Tierra,
vientre de la primera mujer,
frutal como un gran árbol,
me embriagas de tus jugos, estrellado de lluvias,
amarillo de otoños, tostado de veranos,
estás florido adentro de los brazos del Tiempo,
mi sed te picotea como un pájaro,
en el calendario de mi vida
todos los días es tu santo.

Gota de luz que vas a caer a la tierra
del último astro,
yo estuve en tí y estoy en tí
como lejano;
el puente del Tiempo
tenderá entre nosotros un arco,
gota de luz
del último astro.

Mujer de mañana
yo estaré en tí como en los frutos del campo;
muslos de leche, colinas de los senos,
como labriego sabré socavaros
y mi actitud salvaje
que ahuyenta a los pájaros
sabrá adormecerse
en tus brazos oceánicos,
aunque el río del Tiempo
me vaya socavando.

Oyeme mar: yo tengo el pecho rudo,
formidables los brazos
y mi corazón es un arco de guerras,
te desgajaré como a un árbol;
tus ojos de medusa, el caracol tu ombligo,
tu cuerpo blando de molusco
iré despedazando con las manos,
y ya limpio de carne
te daré el cielo de un vaso.
Mi voluntad está en tí, forjada
como la proa de un barco.
Mañana yo seré el mar de brazos extendidos
y tú serás el náufrago.

Libro
eres un Ecce—Homo,
en tí estoy coronado
con la corona de espinas del recuerdo
—oh, espanto!—

Libro,
de tumbo en tumbo hacia el futuro
va tu bandada de cantos;
eres como una cruz
y te amo;
pero el río del Tiempo
me va socavando.

23

La Viuda, en zapatillas, pasa por el puente
del Tejar a la campanada de las doce
que trae, a horcajadas, a los duendes.
Viene el entierro de las ánimas,
jinetea una lumbre a la cabeza
seis embozados en sus esqueletos
escoltan el coche funerario
llevando un cirio por una escopeta.
El fraile sin cabeza hace equilibrios,
como un japonés, en la cuerda del puente.

Giran los picaportes y retiemblan las puertas,
de un ángulo del cuarto vá a saltar un fantasma
a estrangular los niños que no rezan de noche.
El ojo de la llave espía, la escalera
rezonga a cada tranco, han soplado el candil,
se santigua la abuela.

La Viuda se entretiene,
vestida el dominó de los aparecidos,
en jugar malabares con los duendes
hasta cuando la noche se tumba como un muerto.

Yo soy alegre como los chicos en camisa
que hacen reír el arrabal,
jugando la rayuela de la vida
tiznando la pared de la inmortalidad.

Irse silbando por la calle es triste,
—silbido, caña para los recuerdos pescar—
Pobres los panaderos
que torean al sueño poniéndose a silbar!

—Novia del campo, pobre, te enlaza mi silbido,
por ejemplo, a la hora que te vas a acostar,
cuando el hacha que rompe los troncos sobresalta
y relincha a los duendes el potro del gañán.

Solo a tu cuerpo alegre, pequeña, se desvía
mi canción de granuja contento, y a qué más?
como los panaderos te formé en la alta noche
cálida como un verso y tierna como el pan.—

He aquí el corazón alegre y sin sollozos,
se despiden los pájaros y él se pone a cantar,
en todas las ventanas está como los niños,
subidos en puntillas y mirando pasar.

Miguel de Santiago, metido en su capa,
muerto de hambre, atorra, orondo, en el alba.
—La luna se cuela por el arrabal.

Que se ha hecho un bochinche, que ni una sed de agua
van a darle, ¡diablo! pegar al Oidor!
Que a este paso echa a perder su alma.
Si se entrara a cura! qué diría Dios?

Doce chapetones lo buscan y todo
por pintar un Cristo. La Chancillería
lo ve de reojo y un día cualquiera
verá su chamiza la Plaza Mayor.

Metido entre frailes. La gente lo tiene
señalado con el dedo; maldito!
si él, cada noche, no rezara a Dios
ya los cocería a estocadas. Bueno
un año engordando dentro del Convento.
Lo único que extraña es el patio grande
de su casa, donde se metía el sol
y en la noche, sin farol, una tapada
y se persignaba todo chapetón.

Miguel de Santiago, metido en su capa,
muerto de hambre, atorra, orondo, en el alba.

26

Mi ciudad ha ido ovillándose
a mis pies de caminante,
desde el alba sin mancilla como una chica aldeana
a la alta noche salteada de peligros,
desde la plaza pública con tiendas de perfume
al arrabal que cuelga de esa noche un secreto,
de las casas que husmean de la buhardilla el cielo
a las que casi tienen su tejado en la tierra,
de la cumbre en que puede chocar la luna llena
al barranco de mal olor y con hormigas,
de la iglesia de piedra
al burdel con botellas por el aire y con gritos.

Yo miro, en la ancha luz de trópico, las calles
—alguien me elogia esta belleza de mi vida—
y su dura corona de cúpulas; escalan
las colinas, estrechas y perpendiculares,
torcidas, agachadas bajo los arcos, tristes.
Calles del alba, sucias de trasnochada, iguales,
con los focos que empiezan a dormirse, las bromas
hediondas y las risas brutales de borracho,
y los bostezos de los policías
que han dormido de pie, como los gallos.

En la madrugada
el aire corta como una navaja,
y los campanarios despiertos
llaman a gritos a las beatas.

Es dura el alba para el que llega solo
con la esperanza triste de los barcos atados,
junto a los panaderos que salen de la noche
con el aroma de los panes tiernos,
entre las últimas ventanas con geráneos
y mientras destartalan su estrépito en las piedras
las carretillas de los barrenderos.

Y se entra en la mañana
por las calles asoleadas,
para mirar, como los niños,
que a las pilas de piedra
viene a saltar el agua de los cerros
como los provincianos a la fiesta,
para contar las horas que caen de las torres,

leer los banderines de aviso de las tiendas
y sentarse en los bancos de piedra de la Plaza
a mirar a las hembras que pasan.

La tarde nos lleva al arrabal
donde los chicos trotan montados en carrizo,
los vecinos conversan, de puerta a puerta,a gritos,
los perros en hilera van oliéndose el rabo
como que buscan algo,
un pedazo de sol ha caído sobre las casas,
en la ventana un pájaro en su jaula
y los tiestos colgantes en el patio.

Los pordioseros prestigian estas calles
con su habitual ternura impertinente,
—privilegio de rezar en los zaguanes
y sacar de la hondura de su alma,
como de un pozo sucio, alguna lágrima.—

Un sueño de mujer acecha en los balcones,
persuasivo por la sospecha de tacto,
única dicha absolutoria
de la vida, esperanza que aligera los pasos.

Pero se va perdiendo el color de los patios,
con zámbizas que duermen en el suelo,
rebozo rojo donde el sol se recrea
con el anhelo de los toros.

La noche—encrucijada para asaltar el cielo,
calle desconocida por mucho que la andemos—
ubica en la ciudad sus tenduchos de feria.

Ha vuelto virgen, milagrosamente,
y, aunque entorpece nuestros pasos,
la tactamos como la vez primera.

Se me adentró en el corazón la noche,
como mi ciudad, ennoblecida de andanzas,
con su anchura de azotea
y su seguridad de aldabas en la puerta.
No se puede negarla, playa tácita,
encrucijada de fiesta,
metida en mi querer, implica
mi retazo de vida,
su nombre claro es persuasivo:
San Francisco de Quito.

27

La calle camina junto al monasterio,
se alborotan las piedras cuando pasa un carro,
los balcones miran los letreros
escritos con carbón
en la muralla del convento.

La Cruz Verde, arrimada a la esquina,
—está sobre un pie y sin cansarse!—
como policía.

Aquí dicen sus chismes las comadres
con voz de soprano, en la calle,
a que se oiga lo que saben.

Las tiendas sacan su muestrario
que se estremece cuando pasa un carro.

La vecindad del convento
unge a la calle con el hisopo del silencio.

Viendo a esos chiquillos en cueros,
a gatas y berreando en la acera,

dan ganas de revolcarse
como cuando éramos pequeños.

Pero tiene una historia esta calle
que no sé cómo la guarda en secreto,
la historia que se agacha a que pase
y no se la lleve el Tiempo,
la que dirá algún día la Cruz Verde
de la esquina del convento.

La historia con cabeza de fraile
o lengua penduleante de ahorcado,
la historia estremecida para espantar los ángeles
sentados en sus brazos,
que se oirá con la boca abierta del asombro
y las orejas paradas del caballo.

Toda la noche trabajan los azotes
y los clavos se ponen en su sitio,
sólo está triste la corona de espinas
sin encontrar la cabeza de Cristo.

De la escalera se seca
la sábana santa.

Alguna vez se va a hundir tanto la lanza
que le sorprenderá la mañana,
y la gente adorará el milagro
y ayunará a pan y llanto.

Ese día la Cruz Verde
sobre la túnica de Cristo
verá rodar los dados.

Francisco de Escobar, el primer pertiguero
de la Catedral,
bien metido en su bata de merino negro,
con la caña en la mano,
saca la procesión,
y prohibe que ladren los perros
hasta que pasen los canónigos
con su traje de cola
limpiando, humildemente, el suelo.

Esta mañana le lavaron los pies,
con dignidad de apóstol,
junto a los doce pordioseros.

A la orilla del gozo se ha pasado la vida,
latigando a los chicos en la casa,
persiguiendo a los perros en la iglesia,
los perros que van a misa
y encuentran, siempre, algo que oler, bajo las bancas.

Cuando muera lo echarán bajo la puerta
de la Catedral,
y los perros, oliéndole
no se atreverán a entrar.

Yo soy un hombre de esta tierra,
mis abuelos se ligaron con ella,
su intimidad no se achicó conmigo,
y en sus cuatro paredes he encerrado mi vida.

Con esta tierra hicieron mis abuelos cariño.
Pura como una lumbre fué su jornada austera,
su vida fué un alarde de bravura
hecho de coraje de potro
y resplandor de espuela
y de hondura de cielo en el pecho
en esa copla encendida de la pelea.

Yo sólo quiero un rincón
para mi realidad pequeña,
en donde pueda vivir y morir
en esa intimidad, clara de acallamiento,
del patio, del zaguán y de la estrella.

30

Libro,
siempre eres un juego de niño,
—mañana labraré un trompo
y lo echaré a bailar en el camino—.
Hoy que te entrego
y quedas peor que perdido,
te mando a decir una misa
con real y medio de pensamientos.

Acabáronse de imprimir
estos poemas
en Quito,
el 15 de noviembre
de 1926

DEL MISMO AUTOR

PROXIMAMENTE

San Francisco de Quito.—poemas

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
0002833745 2